

Como salido de un cuadro de El Greco. O eso decía Calixto Bieito. Como si se hubiera perdido en el muelle más oscuro, más mugriento, más maloliente de Nueva York. O eso decía el público del Romea la noche del pasado miércoles. La mirada perdida. Los ojos desencajados. La barba revuelta. La cara sucia. Como un homeless con un cargamento de pesada amargura a sus espaldas. En calzoncillos: primero blancos, luego manchados de hollín, de mierda. Una rodillera. Unos calcetines que se adivinan con agujeros. En chanclas. Cobijando su cuerpo desnudo en una guerrera verde militar que podría haber salido de las bolsas de miseria de un ejército de salvación cualquiera.

Así, Josep Maria Pou se convirtió sobre el escenario en el Rey Lear. En un Lear caído. Desencajado. Enfermo de locura. De tristeza. De pena. De mentiras. Pou fue el gran triunfador de una nueva adaptación de El Rey Lear, el último Shakespeare de Calixto Bieito, el que cierra su trilogía de tragedias después de Hamlet y Macbeth...

...El público quería teatro del bueno. Y eso tuvo: la noche se saldó sin pitos, con aplausos y algún bravo; pero Bieito no cortó la oreja. Y, si el director se la merecía, la lidia de José Maria Pou con los versos de Shakespeare se ganó, con creces, dos orejas, rabo y vuelta al ruedo. El actor las cosechó a lo largo de más de tres horas de representación. Bajo la lluvia. Una lluvia que cala a Lear, que lo empapa de locura...

...Pero el público que se sentaba en la platea del Romea también acabó empapado. Aunque fuera de pena por Lear. Aunque solo fuera de las palabras de Shakespeare. De una lluvia de tres horas de emociones.

**Nuria Cuadrado. El Mundo**